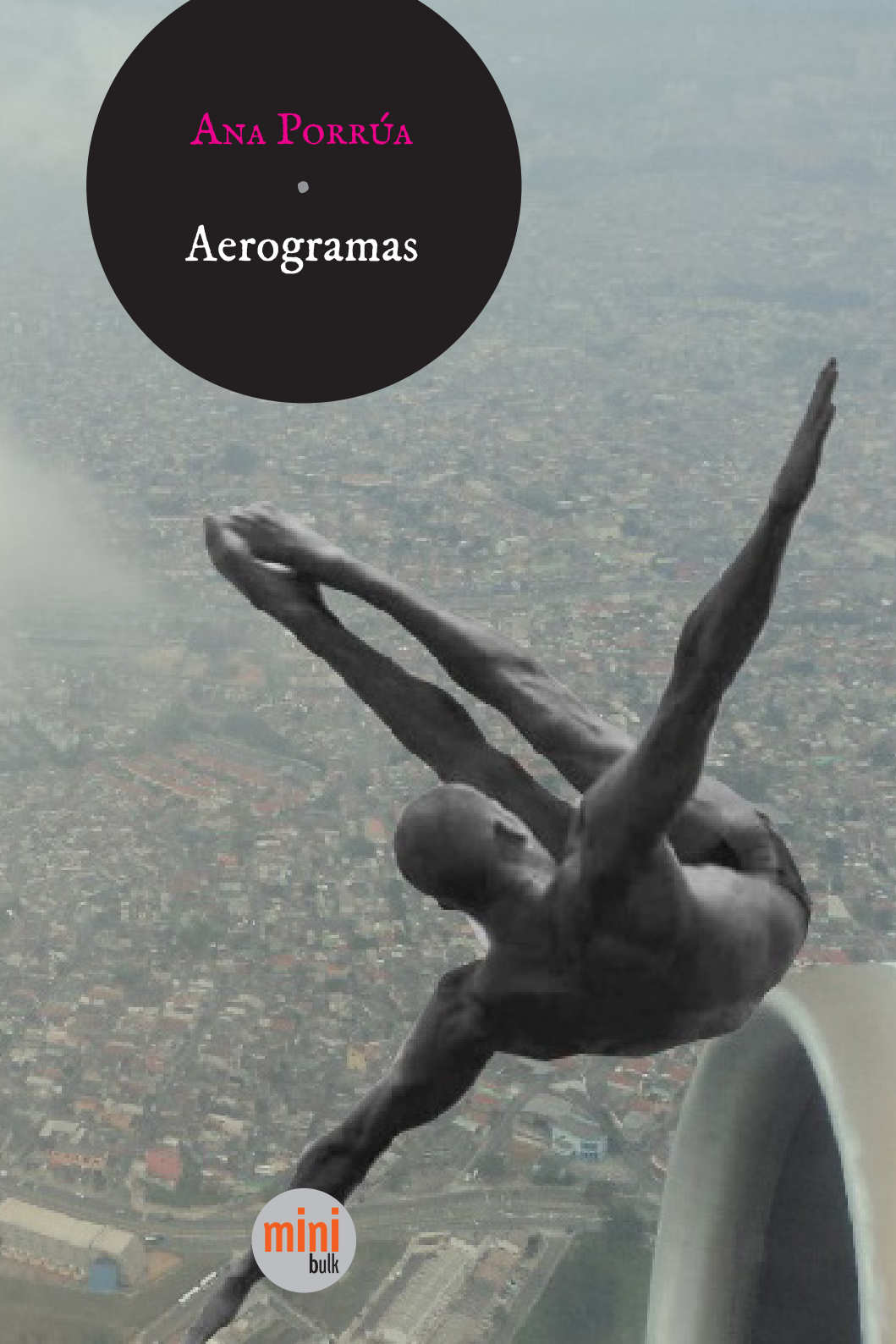


ANA PORRÚA

Aerogramas

mini
bulk



ANA PORRÚA

Aerogramas

AEROGRAMAS

Primera edición: febrero de 2023

© de los collages, Ana Porrúa, 2023

© de los textos, sus autores, 2023

© mini • Bulk editores, 2023

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa
Santiago de Chile
bulkeditores@gmail.com
www.bulkeditores.com

Imagen de tapa: collage de A.P.

ISBN 978-956-6162-07-0

Derechos reservados.

Escriben

Marcelo **Díaz**

Luciana **Di Leone**

Silvana **Franzetti**

Irina **Garbatzky**

Daniel **García**

Gabriel **Giorgi**

Matías **Moscardi**

Nadia **Prado**



bulk editores

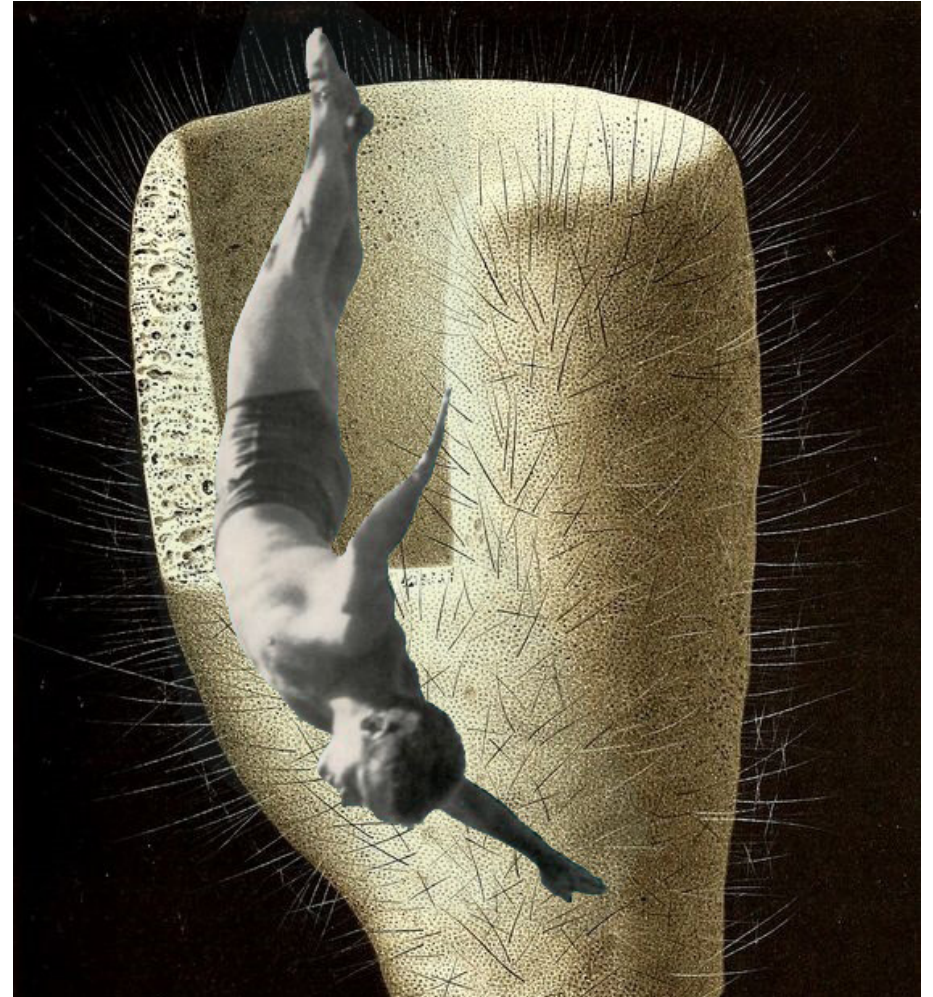
[la densidad aparente en el papel]



Contenido

- El futuro / Daniel **García** 
- [*Mujeres y hombres de otra época...*] | Matías **Moscardi** 
- [*Líquenes, fósiles, flotan...*] | Marcelo **Díaz** 
- Aire | Irina **Garbatzky** 
- La lejanía que hierde | Nadia **Prado** 
- Extramundo | Gabriel **Giorgi** 
- Capullos-trampolines: el tiempo
de las *imágenes hacia* | Luciana **di Leone** 
- [*Saltar, pasar de un elemento...*] | Silvana **Franzetti** 
- Sobre la autora 








El futuro

Daniel García

El futuro llegó, y no es lo que esperábamos. La «pandemia silenciosa», como se la llamó, derivó en consecuencias insospechadas. Las *superbacterias* crecieron (literalmente) hasta alcanzar proporciones monumentales y colonizar la tierra, expulsando a los humanos, no ya infectándolos sino fagocitándolos, sofocándolos, aplastándolos. –Esta sí, se dijo, esta pandemia nos hará mejores. No sé si mejores, pero a los que quedaron, mejor dicho, a los que vinieron después los hizo distintos. Nuestra especie, casi extinta, experimentó un salto evolutivo que le permitió sobrevivir. De la catástrofe emergió una humanidad *aeronadadora*. La supervivencia de la especie ha quedado en manos de estos obligados atletas que realizan con elegancia verdaderos saltos mortales de superbacteria en superbacteria.

Nunca vemos directamente lo que está delante de nuestros ojos, siempre



intentamos primero traducirlo a formas conocidas. Lo que creemos real son complejas hipótesis creadas por nuestro cerebro en pocos milisegundos utilizando el material de nuestra experiencia pasada. El hábito se impone frente a la realidad. Por eso vemos a los *aeronadadores* con lo que parecen ser trajes de baño de épocas anteriores, y en los microorganismos gigantes creemos reconocer formas vislumbradas al pasar en libros de ciencias naturales: esporas, corales, flores...









Matías Moscardi

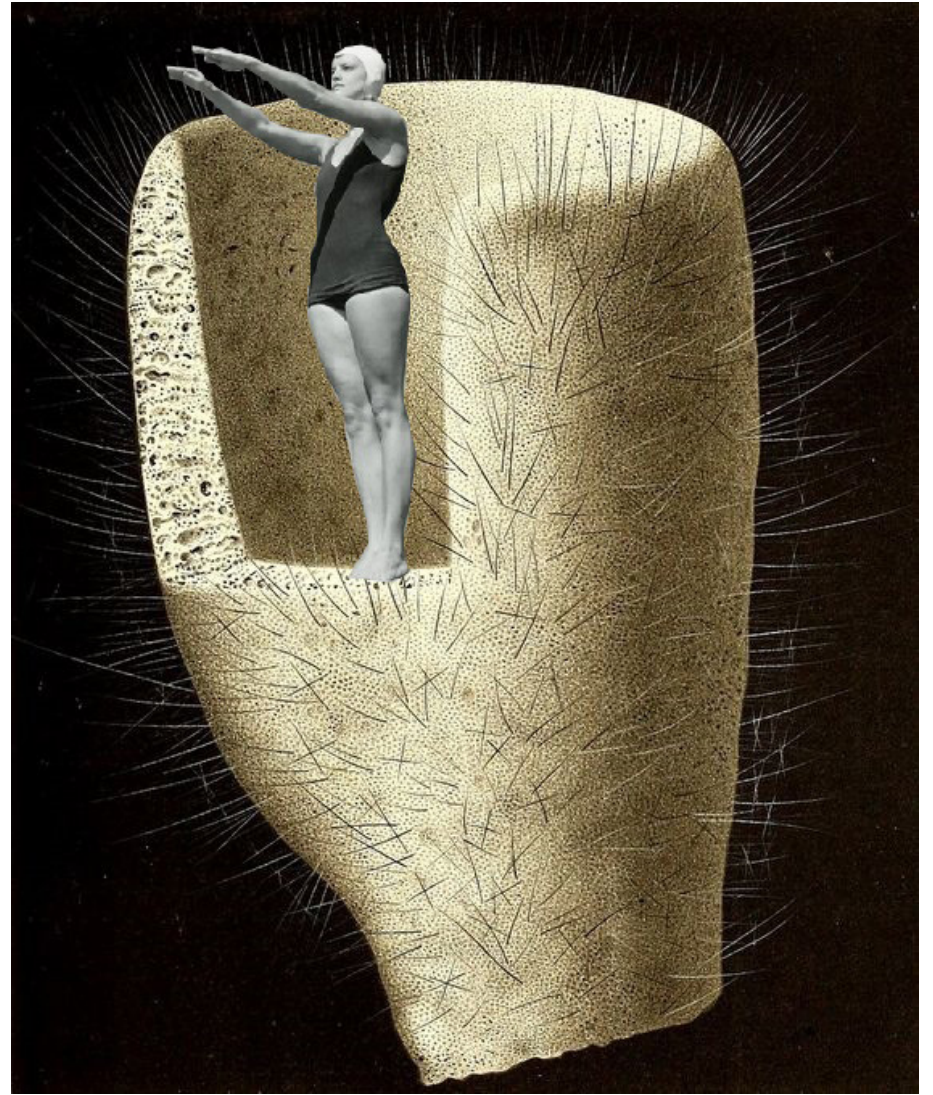
Mujeres y hombres de otra época, en trajes de baño, clavadas en blanco y negro arrojándose de acá y de allá: unos de la cúpula del Asilo Unzué; otros desde lo alto de un puente de ladrillos; o desde los silos en el puerto de Mar del Plata; o de una turbina de avión en pleno vuelo; o de la punta de la escollera en Bahía Bonita –ellos caerán al mar, ¡qué alivio!– o haciendo equilibrio en cables de luz. Todo sucede entre amapolas, plantas-pulpo, corales, fósiles de gliptodonte y microorganismos –eso veo yo– que aparecen en escena como una lluvia en cámara lenta de naves extraterrestres hechas, en algunos casos, con recortes de fotos de Karl Blossfeldt, en las que el reino vegetal parece la parte mutilada de un alienígena. Cuerpos en caída libre, a punto de saltar, siempre en un precario y frágil equilibrio, en puntos reconocibles de una ciudad balnearia. Con el extrañamiento vienen algunas preguntas: ¿qué es Mar del Plata sino un multiverso inestable en el que la herrumbre rumiada por el salitre con parsimoniosa calma de tortuga se funde en modernas iridiscencias pop? ¿Por qué la imagen ya no abriga ninguna estabilidad, ninguna quietud, sino la inminencia de un impacto, el efecto de la gravedad sobre esos cuerpos heroicos dispuestos, por efecto



de su recorte y reubicación en el paisaje, a una aparente hazaña imposible? Sin embargo, definitivamente no hay terror, no parece haber siquiera peligro. Las cabriolas y piruetas, los prodigios saltarines de estos bañistas se ven como pericias calculadas por la imagen, suspendidas en la posibilidad casi sobrenatural de volar. La invasión extraterrestre no proviene del espacio exterior: es efecto del montaje, del mundo y de las cosas vistas de otro modo, sacadas de contexto. ¡Mar del Plata parece Marte! ¡Los clavadistas son marcianos! ¡Las tramas de las olas nunca pertenecieron a este mundo! Esa tonta separación entre naturaleza y cultura ya no es posible después de mirar los collages de Ana Porrúa. No queda ni siquiera el mínimo rastro de una foto documental, la posibilidad de un ojo objetivo que registre sin agregar, sin cambiar la música de lugar. El collage se vuelve lente: salgo de mi casa, camino por la colectora y llego hasta el mar. De pronto, existe la posibilidad de que, allá en el horizonte, descendan tupidas naves nodrizas de color fucsia como flores de uñas de gato. ¿No tienen aquellas nubes, que se desplazan lánguidas por encima de las olas, forma de ovni? Ya todo me parece un maravilloso ensamble, como si de ahora en más una especie de Ana Porrúa omnipresente e invisible, una diosa con tijeras y Voligoma –¡solo eso necesita!–, estuviera armando, a cada paso que damos, la imagen de lo que vemos en lo que nos mira.¶









¶

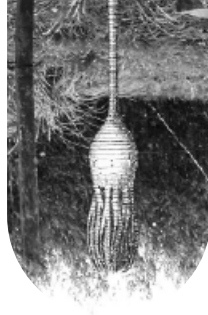
Marcelo Díaz

Líquenes, fósiles, flotan sin peso en el aire. Nadan. Son como esas espumosas florcitas del borde de la ruta que un viento mínimo desprende y pone en suspensión: panadero, diente de león, *taraxacum officinale*, *sonchus oleraceus*, clavadistas, nadadoras, se esparcen y mezclan en todas las cosas.

No son olímpicas del siglo XXI, son un polvillo
| fósil de la salud heroica.
Sus trajes de baño, sus cuerpos, sus gestos,
| a su modo y también
minerales, vegetales, animales, familiares.

¿Es ese el circuito? ¿Por eso es que las células lo saben todo?

No es posible predecir su trayectoria, van y vienen, una lluvia imperceptible e indiferente de átomos sobre carteles, playas, ruinas, colectivos, ofertas de verdulería, sobre la grilla brumosa de la ciudad.



Campeonas y campeones del clinamen en el declive del año ¿las ves?, ¿no las ves?

¿Es eso entonces a lo que se dedican la mano y el pegamento?, ¿arrimar al ojo a lo que el ojo no ve?, ¿a la aparición molecular de lo que estamos hechos: restos, fósiles, retazos, anacronismos?

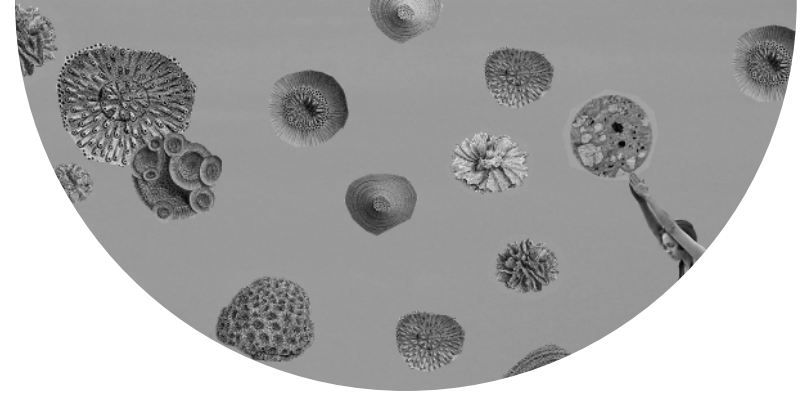
Si entrecerrás los ojos, hacés visera con la mano en la frente, si te ponés a contraluz, ¿ves cómo caen? ¶











Aire

Irina **Garbatzky**

En el cielo, esponjas marinas, flores de cactus, frutos extraños, nadadoras que se vuelven aves. Las imágenes cortan el paisaje (la playa, la calle, galpones, rutas, edificios con carteles, descampados), se superimponen con él hasta inventar otra naturaleza, una sobrenaturaleza que parece poner a girar los elementos del mundo. Cuelgan las algas, crecen las flores hacia abajo. «¿No subimos acaso para abajo?». El montaje enfatiza el tiempo. También vuelve aquí como pregunta. En uno de los collages hay un círculo, el escudo de Mar del Plata, ocupa el centro. Tiene algo de reloj y de ojo que observa, —¿desde arriba, desde abajo?—, la serie completa, la artesanía que la compone sobre/contra/para/por la vida en la ciudad.

¿Es el tiempo que mira la construcción de otros mundos? ¿O será que la transformación del mundo incorpora al tiempo como material necesario? Si siguiéramos la línea de las redondeces, veríamos, a su vez, más de un ojo deslizándose. Volando. Hay mucho aire en las imágenes; hay, efectivamente en una de ellas, la perspectiva del ala de un avión. Las nadadoras andan en el aire, están a punto de saltar o ya saltando, haciendo piruetas, en fila, de pronto son pájaros tomando sol. Ese aire es pura posibilidad de invención: el fondo del mar sube e interroga al tiempo, a la historia de esas imágenes. Como si fuera el aire el sitio donde ver la mirada, el espacio donde movilizar las cosas del mundo. El aire que conecta ojo y mano, corte y corte. ¶









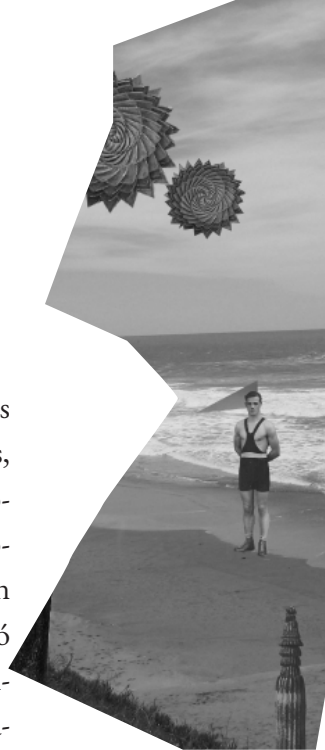
La lejanía que hiere

Nadia **Prado**

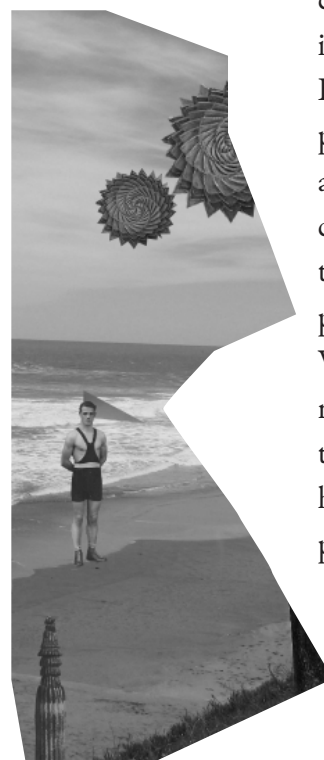
Espigar, seleccionar, cortar, pensar, cuidar, estirar, recolectar. ¿Qué imágenes atravesarán nuestra historia de cuerpos recortados sobre las páginas? Las páginas en las que AnA nos deja, olvida, suspende. Imágenes agotadas bajo los párpados, ella, yo. Desear, buscar, tropezar con el *bello azar*. Recordar y encomendarse al olvido. No prescriben las secuoyas de Hitchcock, de Marker, que reaparecen con las secuoyas de AnA, no sé si son, pero creo que sí. Las de L en las fotos que me mandó de California donde existen, dijo, unas secuoyas gigantes. No sé qué es gigante en relación con *destas* especies. *Vértigo*, *Sin sol*, *La Jetée*. ¿Cuando alguien dice *gigante* imaginas algo gigante o piensas que la persona que dijo gigante exagera? Después de todo, los poetas son hiperbólicos, los criminales

y sus cómplices también, «estamos en guerra». Cuerpos recortados a través del azar nos miran envejecer y mientras envejecemos intentamos ser como los cuerpos de estos nadadores. Pájaros a punto de despegar hacia el vacío. Hombros y fuertes brazos disparan dedos al cielo, como el dedo de San Juan Bautista de Da Vinci en la película de Godard. Golpeo con el índice, a veces con el dedo medio, las teclas de las flechas que hacen avanzar o retroceder las imágenes de AnA. La rapidez me produce destellos. Todo está por los aires, flores, ¿medusas?, ¿platillos voladores? Medusas platillos voladores. Mujeres a punto de saltar posadas sobre turbinas. Clavadistas-pájaros. Los brazos también se vuelven palíndromos, como su nombre. Subir y caer es uno. Por el aire terrestre el animal humano, los sirlos de Stella Díaz Varín que emigran y la lejanía hiere sus alas, los de Calveyra que le cantan a la noche durante el día para no dejarla a oscuras. Pájaros terrestres y cuerpos humanos aéreos. Una partitura en el cielo, los cuerpos que se vuelven lugar común, el paisaje es un cliché. Choque de tiempos discontinuos que se conectan a la partitura que la selección descompone a su antojo. Un pájaro clavadista saltador o buceador, el nadador de Paestum.

Retruécanos palíndromos posados sobre las nubes, no, sobre hongos, no, sobre capullos, no, sobre excremento de conejos, no, sobre corales, algas, no, sobre bacterias, flores, mutaciones espaciales. Todo cuerpo es una mutación espacial, bacterias, una pandemia que no existió nunca hasta *esta* pandemia. Aprestarnos a saltar o a caer o ser arrojados. Hojas, microorganismos, globos aerostáticos, anémonas, fósiles flores de cactus, cactus, posidonias, el *Vértigo* de la acumulación. Escribir pegando, echar a andar la *energía de bricoleur*. La composición diseminante de los sueños, *pathosformel*. Leni Riefenstahl regresa y la historia vuelve a quemarnos con su chispa. Remakes o Rim(ak)es, diría Godard. Todo es cosa de ritmo. La mano de la historia reitera y nos hace encontrar descomponiendo e introduciendo el antes y el ahora. El síntoma sincopando el día a día, día tras día. Cuerpos arrojados intentando salir a la superficie, como el de Marta Ugarte o el de María Ponce. A ras de piso y en el cielo tiempos



distantes que se topan con nuestra silueta recordada en el horizonte. Corte, pegamento, vuelo. Pedazos que se deslizan sobre las páginas nuestros cuerpos, un montaje sordo y sonoro palpitando nuestros cuerpos. Retroceder avanzar recordar las imágenes aún. El cuerpo no salta, la respiración sí. Estirar brazos y piernas, llevarlas hacia el mentón. Equilibrio de manos y de pensamiento. *Pensar con las manos*, ejecutar dificultades. El paisaje sostiene y escribe. Líneas incesantes. Los ángeles de Wim Wenders en Berlín, Bruno Ganz y Otto Sander no saltan, porque no son humanos. Edmund lanzándose al vacío en *Alemania, año cero* de Rossellini. El vacío y sus rostros, buses trampolines, enredaderas trampolines, turbinas trampolines, alambres de púas trampolines. Impulsar y sostener. A Johnny Weissmuller, aún sin enloquecer, AnA lo hace mirar de costado. «Tarzán de los monos» nadó, saltó, persiguió africanos, mató leones, cocodrilos hasta que no supo separar la escenografía del paisaje. Leí, alguna vez, que su grito, es decir, el



grito de Weissmuller, era una mezcla de los sonidos de una hiena, un camello, un violín, una soprano, un perro y el suyo. Nadie hizo el grito hecho por todos. Mamá dijo: «hasta antes de morir se creía Tarzán y gritaba como en las películas». ¿Entonces murió creyendo ser Tarzán, mamá? Sí. Todos podemos morir creyendo ser el personaje que mejor hemos interpretado. El cuerpo respira en su propia asfixia esporas y algodones. Tarzán clavadista alza las manos a la altura de la boca, con las palmas tan abiertas que se parecen a las manos gigantes de Cortázar. Corales, pimpollos, cactus, hongos, caracoles, nidos de avispas, colonias de esfuerzo, ejemplo real de sociedad. Sobrevivir al invierno, hibernar las imágenes en medio del fuego, Auschwitz, Majdanek, Ravensbrück, Dachau, Buchenwald, Sachsenhausen. Leni Riefenstahl y el embeleso por la perfección, la fascinación que devora: belleza muscular, pureza orgánica. Todo lo demás se hace ceniza. La ciudad antes de sucumbir, el impulso no alcanza, flectar las rodillas, antes de caer pensar en algo o en nada. Belleza, armonía, composición, aspiración, pureza, fuerza, salud,

vigor. Erguirse. Todo lo demás se hace ceniza. El salto detiene el horror unos segundos, el salto congelado en cámara lenta y en tiempo real de Gianni Perego, o de Vittorio Gassman, en *Nos habíamos amado tanto*. Alcachofas, granadas, cortezas, capullos, pimpollos. El agua imaginaria salpica el pasado lleno de escombros. Una grúa se vuelve trampolín, una escultura griega espera su turno mientras descansa mirando a los pájaros que se preparan, alzan sus brazos, doblan las rodillas, se dan impulso, volteretas, caen, se posan, nadan, se levantan, se sostienen, cobran color, se vuelven piedras o huevos de dinosaurios, con toda seguridad trampolines. Un salto, dos, tres, la serie de la duda. Patos voladores, esporas voladoras, sequoias voladoras, la edad de los árboles, anillos de historias. De la corteza extraer información, rebanar, cortar, leer. De lo cálido y seco, de lo frío y húmedo: volver ahora a un tiempo anterior, cerca una lejanía sin fin, cronología del fuego, del agua, de la lluvia, tu rostro. Una corteza flota en el paisaje sobre la espuma del agua que espera en el



silencio el recorte mientras el pegamento une las luces del paisaje con la cicatriz de la corteza. La estría niega y abre el horizonte, los panaderos parecen autos sobre la carretera, la nadadora se desprende del techo hacia el piso. ¿Hay burbujas también, AnA? Esponjas marinas, se llaman poríferas, o son esponjas de mar, acaso animales acuáticos. ¿Qué son esos, AnA? «Y son panaderos, viste, son esos que soplás y salen volando». «No, AnA, se llaman dientes de león». «No, ese es un yuyo, una flor amarillita que crece silvestre y sirve para hacer un té y depurar los órganos. El papá de Carlos lo toma en té, ¿eh?». «Son semillas voladoras». «¿Y no son todas las semillas voladoras?». La conversación entre poetas lleva a ninguna y a todas partes, pero siempre podemos soplar a ver si se cumplen nuestros deseos. Semillas, flores petrificadas, parásitos. Explorar, prospectar, inventariar, capturar, estudiar, comparar, cuantificar, experimentar, analizar, recolectar, espigar,



clasificar, preservar, monitorear, prosternarse, cuánta AnA necesaria para este mundo en el que «nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores». Poros, canales, cámaras del cuerpo y en ellas el mundo y otros cuerpos. Esponjas vítreas, fósiles de esponjas, de todo hay fósiles, de todo ceniza. La duda permanece inalterable. Volvemos a los nidos, al cielo en picada, trepamos líneas imaginarias esquivando bacterias y microorganismos con certeros saltos mortales. Deletrear en el silencio y el pensamiento lo que se propaga en el paisaje a punto de extinguirse mientras dura el salto. El lenguaje roza apenas, la fobia de tocarse vuelve. La mano dispone sobre las páginas, lejos y tan cerca. Una vida se desvanece y aparece día tras día en un trozo de papel, en pedazos de un mundo que no es más que un grano de arena, nido, paraíso, flor, infierno, un extenso tiempo que dura un soplo: los nadadores que AnA hace saltar desde el pasado a la irrespirabilidad del presente. ♣









Extramundo

Gabriel Giorgi

¿Nos invaden? ¿Esos cuerpos que caen nos invaden? ¿O ya estaban aquí y no los veíamos? ¿Es invasión o aparición? Tampoco es seguro que *caigan* desde ese cielo poblado; podrían flotar o bien ser erupciones, emanaciones de una tierra que no deja de darnos sorpresas. En todo caso —entre el cielo y la tierra.

¿Qué hay entre el cielo y la tierra? *Hay collage.*

Quizá una de las grandes potencias del collage como género sea la de iluminar lo impropio de todo espacio y de todo tiempo, el falso reclamo de toda pertenencia. Nada en el collage está en su propio lugar ni en su propio tiempo: todo fuera de sitio y a la vez todo encontrándose, chocándose, superponiéndose. No es la mezcla: es la yuxtaposición. No es la composición orgánica: es el estrato y la superposición. Un arte de lo impropio, donde cuerpos, figuras, fragmentos, espacios y tiempos se acumulan sin que ninguno esté en su



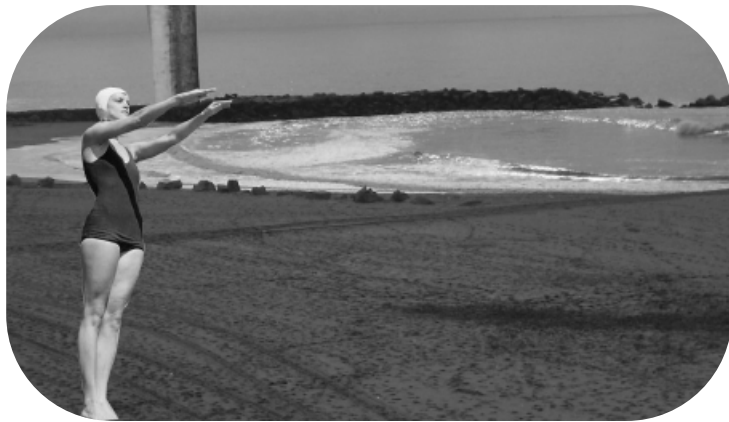
propio lugar. Ese espacio que el collage como práctica instituye e ilumina, el espacio donde lo heterogéneo se cruza y choca, es la naturaleza misma de lo impropio.

En el medio de la pandemia, cuando esa criatura ínfima e imperiosa irrumpió en el aire, Ana Porrúa se puso a hacer collages. Collages en donde aparecen formas vivas a escala agigantada: bacterias, virus, bichos, troncos, pedazos de una naturaleza perdida pero que retorna en el centro de la imagen. Y en el aire, flotando, junto a cuerpos saltarines, danzantes. ¿Qué hay en el aire que muta los paisajes, y la percepción misma? Esta es una de las preguntas que viene con estas figuras arrojadas que nos llegan desde los collages de Porrúa.

Dos notitas sobre el aire-collage:

1. La serie de collages de Porrúa reúne, básicamente, tres elementos: paisajes (muchas veces cotidianos: calles, casas, fábricas, mares, lagunas, territorios vacíos, a veces casi irreconocibles, y en todos los casos: un cielo), cuerpos elementales, orgánicos, que en todo caso remiten a formas de vida primarias (amebas, troncos, virus, protozoos: lo que vive *casi sin organismo*, vidas azarosas y por eso mismo persistentes,





casi eternas) y cuerpos humanos estilizadísimos, pura danza, todo salto y gesto, gracia limpia de movimiento: nadadorxs del aire. Estas tres fuerzas conviven en cada collage. Conviven es una palabra tramposa: están reunidas pero no en el mismo plano. Se cruzan, se chocan incluso, pero vienen de mundos heterogéneos que no son necesariamente el mismo, ni el «nuestro». Más que iluminar, entonces, un lugar común, un espacio compartido, lo que estas figuras hacen es iluminar la impropiedad de esos umbrales o planos, el *entre* que emerge en su yuxtaposición. Ese es, como decía antes, el gran poder del collage: más que reunir lo heterogéneo, exhibir los planos, las capas, los estratos de los que están hechos los mundos que atravesamos y que emergen en el «nuestro». El arte de lo impropio es el que nos recuerda que nada, nunca, está en «su» lugar.

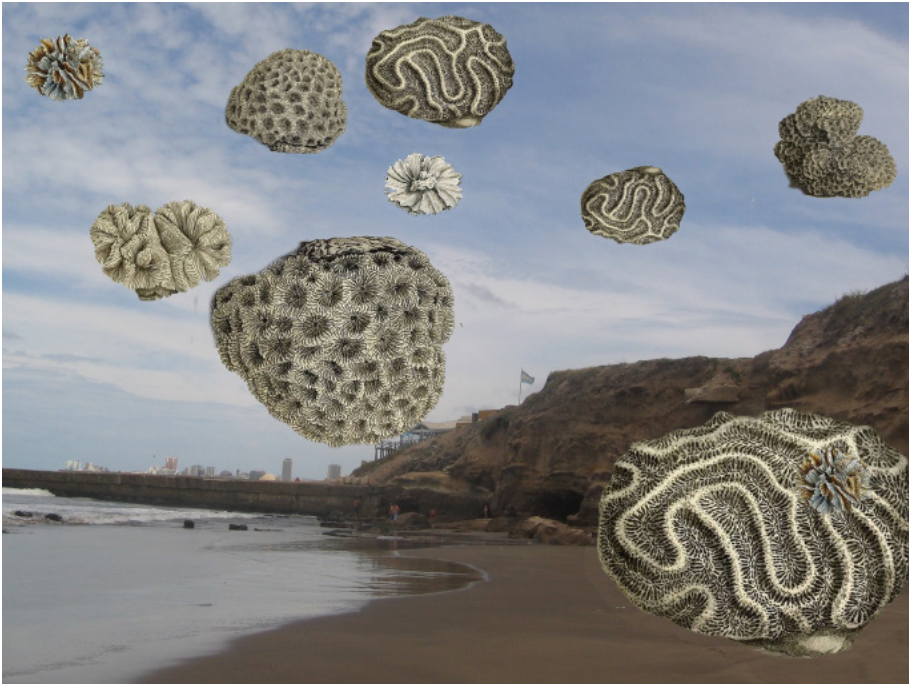
2. Cuerpos humanos y no humanos que invaden o aparecen sobre el mundo. ¿Qué le pasa a ese mundo? Los paisajes de fondo, incluso cuando son puro cielo, son imágenes

cuya textura evidencia el paso del tiempo: un mundo trajinado, baqueteado, pegado a sus viejas imágenes. Sobre eso, los cuerpos flotantes. Me gusta pensar estos collages como una especie de instructivo de la mirada: ahí donde veíamos el mundo tal y como lo reconocíamos —la vieja esquina de la calle Pampa, la playa Bristol, las fábricas abandonadas: mundos vividos—, irrumpen esas figuras de extramundo, esos aliens que parecen venir de otras esferas celestes y que, como los virus, interfieren el aire.

Dos detalles: lo micro se vuelve macro, lo ínfimo (la bacteria, el protozoo) se agiganta, haciéndose visible y sobre todo próximo, inescapable, protagonista de la imagen. El collage no es solamente el arte del lugar impropio, es también el arte de una escala multiplicada, donde la perspectiva se desmonta albergando los proyectiles que el cosmos arroja y pone en el aire: entre el cielo y la tierra.

El otro: los cuerpos humanos son cuerpos *vintage*, vienen de otra era, traen otros tiempos. Tiempos del descubrimiento de nuevas libertades del movimiento: tiempos modernos. Entonces la conjunción entre tiempos naturales, biológicos, de la vida microscópica, y los tiempos de una euforia moderna de los cuerpos liberados y que se quedaron sin mundo. Esa conjunción es la de un paisaje desmontado, que tenemos que habitar y modelar.

Ver el aire: los cuerpos-proyectiles que lo habitan. Los collages de Porrúa nos invitan, o quizá mejor, nos empujan, nos arrojan a ese aire, el que nos toca. ¶







Capullos-trampolines: el tiempo de las *imágenes hacia*

Luciana **di Leone**

¿Son capullos? ¿Pimpollos de cardón?
¿Caracoles seccionados, corales, hongos,
nidos de avispas? ¿Ciruelas, alcachofas, grana-
das? ¿Qué son esas redondeces llenas de
otras que amenazan con abrirse? ¿Qué imá-
genes extrañas son esas que pueblan las imá-
genes de Ana Porrúa?

Las flores participaron siempre de los
imaginarios de la poesía y del arte en general.
Nutrieron el paradigma del amor románti-
co, pero también el de una belleza contro-
lada. Sin embargo, podemos decir que al-
gunas flores, o algunos estadios de las flores
participan de esos imaginarios de formas
laterales. No hablemos de las flores marchi-
tas o de aquellas cuyos perfumes se vuelven

apestosos. Hablemos de los florecimientos
que en estos collages fueron recortados y
convocados: son protuberancias muchas ve-
ces de difícil definición, pero que nos anun-
cian algo por asociación, una flor que aún
no está, un fruto que comeremos, un fu-
turo animal, un escondite submarino. Si la
flor del cactus anuncia belleza para aquello
con lo que se compara, ¿en qué consistirá la
belleza de aquello que aún no es, que no se
compara con otro objeto, sino que «anun-
cia» sin anunciar nada? ¿Cuál es la belleza
de esa especie de brazo que surge en el car-
dón que no es flor, y cuál es la de las coles



que, aunque son flores, su imagen se niega a que lo sean totalmente, y las muestra como la propia carne de la planta?

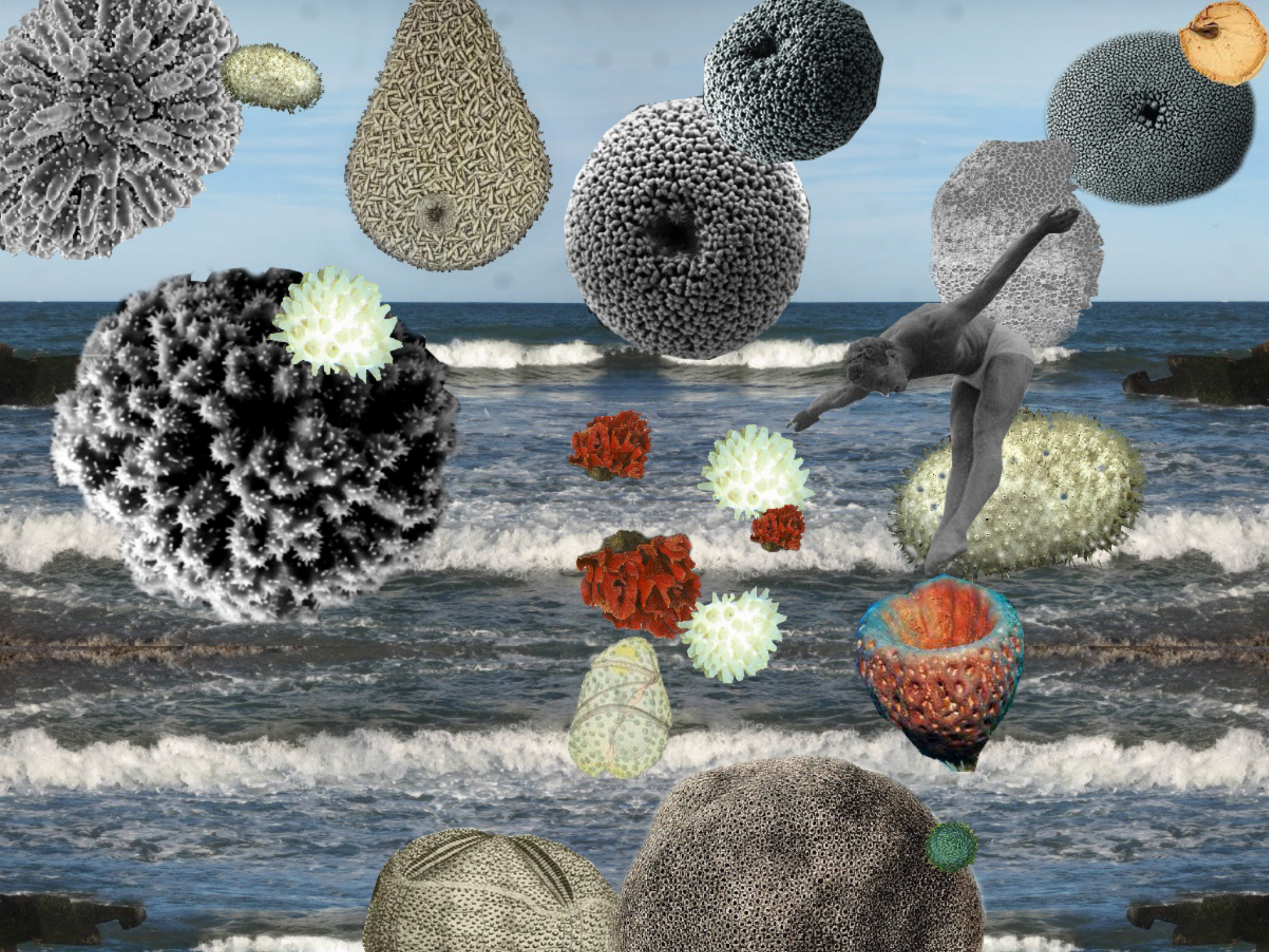
Estas burbujas o pequeñas bombas que anuncian, que están a punto de explotar, son ellas mismas *imágenes hacia*, que no se bastan en sí mismas, que van a salir de sí. Aunque ese salir sea en un movimiento arcaico, hacia una alteridad intrínseca. El tiempo de aquello que va a nacer. Y aunque sólo esto no sería poco para pensar un régimen de las imágenes, ellas están ahí como trampolines, anunciando, provocando, el despliegue.

Estos capullos, semillas, botones, se vuelven plataforma o inestable trampolín para los grandes saltos ornamentales que nos llevan hacia un mundo por venir. Claro que quien se tira a la piletta nunca lo hace sin algo de performance, saltos sin ninguna pretensión de espontaneidad. Pero es que hay que tirarse, y el miedo al golpe con el aire, con el agua o con los campos pampeanos

debe compensarse con estilo, tono muscular y algo de pose. Los capullos tienen que reventar, para que haya mundo, para que haya mundos. Reventar para que haya *reventos*, brotes. Y sólo se brota si nos lanzamos con este cuerpo.

Así, si en cualquier collage las imágenes exploran sus conexiones inesperadas, sus reverberaciones y ecos, en estos en particular hay un movimiento todavía más expansivo. Los capullos nos envían hacia afuera de ellos, a un juego con la anterioridad. Pero también, con los clavadistas, nos envían hacia otro afuera, un futuro imaginado. El mundo que se abre es un futuro-pasado, un tiempo *a punto de*. Estos capullos-trampolines (se) sostienen en una potencia. Las imágenes, a fin de cuentas, no nos dicen nada, pero señalan que *van a decir*. Que van a saltar. Son imágenes *hacia*. Cuando esa destinación no tiene un lugar de llegada, sino la convicción de ir yendo. *Hacia* los tiempos que aún podemos imaginar, imaginar aquí. ♣











¶

Silvana **Franzetti**

Saltar, pasar de un elemento
a otro. Del agua al aire
algas, esponjas de mar
ínfimos materiales
que estuvieron sumergidos
ahora vuelan, inmensos, por la ruta.
Saltar desde cierta altura
hasta la Tierra pero
si fuera al revés,
desde las profundidades
hasta la superficie, qué materiales
desenterraría esa excavadora.
Todo esto también podría ser
el pasaje del paraíso al infierno
sí, así lo creí, aunque
también dudé, podría ser su reverso
y ahora ya es permanente trayecto.
Saltar, volar y bailar se unen
como solo el collage puede hacerlo

| en un movimiento soñado. ¶











ANA PORRÚA

Nació en Comodoro Rivadavia (Chubut, Argentina), en 1962, y vive en Mar del Plata. Es doctora en Letras, docente en la Universidad Nacional de Mar del Plata e investigadora del CONICET. Escribe crítica y poesía. Sus collages se publicaron por primera vez en *Bello como la flor de cactus*, en 2019 por Barba de Abejas y en 2020 por Bulk editores. Los collages de *Aerogramas* fueron hechos entre el 27 de diciembre de 2021 y el 7 de abril de 2022 durante la pandemia de COVID-19. Son montajes digitales (con corte en Photoshop y composición en Paint) sobre fotos propias, tomadas con el celular.

Más datos 

Este libro,
tanto en su versión impresa como digital,
se terminó de componer en Santiago de Chile,
en las oficinas de
bulk editores
el 3 de febrero de 2023.

Para el interior,
se utilizó la tipografía BE Garamond
(de Georg Duffner)
en sus tres variantes principales (12 / 17)
y la familia IM Fell DW Pica
(de Iginio Marini),
que también aparece en la portada.



una idea,
un fragmento,
una lista,
unos versos,
un texto que no termina
y sin embargo empieza,
un gesto,
un resplandor, un decir,
algo inconcluso
que habla

Ñuñoa • Santiago de Chile
2023

ISBN 978-956-6162-07-0

